NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 1 20/12/23 10:11

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 2 20/12/23 10:11

Newton Compton Editores

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 3 20/12/23 10:11

Este libro es una obra de ficción. Aunque algunos personajes y circunstancias que en él aparecen se basan en personas y hechos históricos reales, cualquier referencia a personas, acontecimientos, instituciones, organizaciones o lugares reales está al servicio de la ficción y solo pretende aportar una sensación de autenticidad. El resto de los personajes y todos los acontecimientos y diálogos son obra de la imaginación de la autora y no deben interpretarse como reales.

Título original: *The Midwife of Auschwitz*

© 2022, Anna Stuart
© 2023, de la traducción por Miguel Alpuente Civera y Guillem Gómez Sese
© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: febrero de 2023
Novena edición: enero de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)
www.newtoncomptoneditores.com
Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19620-02-6
Código IBIC: FA
DL: B 22.238-2022

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición:
Grafime S. L.

Impreso en enero de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Anna Stuart

La enfermera de Auschwitz

Traducción de Miguel Alpuente
y Guillem Gómez

Newton Compton Editores
Barcelona, 2024

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 5 20/12/23 10:11

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 6 20/12/23 10:11

Dedicado a la memoria
de Stanisława Leszczyńska y a la de todos aquellos que,
como ella, contribuyeron con su labor a mantener la esperanza
en los días más negros del Holocausto.

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 7 20/12/23 10:11

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 8 20/12/23 10:11

PRÓLOGO

ABRIL 1946

Hay cunas por todos lados. Llenan la resonante sala de suelo de madera y desde cada una de ellas un niño mira, todo ojos. No hay esperanza, los pequeños no tienen edad suficiente para eso, pero sí una especie de nostalgia que me llega a lo más hondo y que me toca no el corazón, sino en un lugar más profundo, en la misma matriz. Ha pasado mucho tiempo desde que llevé a un niño en mi interior, pero quizá la sensación nunca desaparece del todo. Quizá cada niño que alumbré me ha dejado una pequeña parte de sí mismo, un pedacito de cordón umbilical que hace que mi corazón se derrita en cuanto tengo delante los ojos bien abiertos de un bebé. Y quizá cada niño al que he ayudado a venir a este mundo durante mis veintisiete años de comadrona me ha afectado de esa misma forma.

Entro en la habitación y avanzo unos pocos pasos. Las cunas son toscas y viejas, pero están limpias y con las sábanas en perfecto orden. En una de ellas, un bebé está llorando y se oye la voz de una mujer cantando una nana, suave y consoladora. El llanto se entrecorta hasta detenerse y entonces queda tan solo la canción. Como todo lo demás en esta gran sala, no tiene brillo ni elegancia, pero suena llena de amor. Sonrío y ruego por que sea este el lugar que estamos buscando.

—¿Preparada?

Me vuelvo hacia la joven que espera indecisa en la puerta, aferrada a la madera enjalbegada del marco, los ojos tan grandes como los de los huérfanos del interior.

—No estoy segura.

La cojo de la mano.

—Ha sido una pregunta absurda. Nunca te sentirás preparada, pero estás aquí y eso ya es bastante.

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 9 20/12/23 10:11

—¿Y si no es…?

—Entonces seguiremos buscando. Vamos.

Tiro de ella al tiempo que una cordial enfermera se abre camino entre las cunas, deshecha en sonrisas.

—Lo han conseguido. Cuánto me alegro. Espero que el viaje no les haya resultado demasiado pesado.

No puedo evitar reírme con acritud. El trayecto de esta mañana ha sido fácil, pero los años que lo precedieron fueron un laberinto lleno de sufrimiento y dolor. Nadie debería tener que recorrer el camino sucio y oscuro que nos ha traído a este destartalado lugar de tenue esperanza. Nos ha debilitado a ambas y no estoy segura, pese a lo que haya podido decir antes, de cuánto tiempo más podremos continuar este viaje.

La enfermera parece comprender. Me pone una mano en el brazo y asiente con la cabeza.

—Los años malos ya han terminado.

—Espero que tenga razón.

—Todos hemos perdido demasiado.

Miro a mi querida amiga, que se ha adelantado atraída por la cuna más cercana a la ventana. En ella hay una niña sentada, sus rubios mechones ensortijados alrededor de una carita seria iluminada por el sol que entra de fuera. Al ver que alguien se le acerca, se pone de pie con piernas algo tambaleantes pero decididas. Mi joven amiga cruza los últimos metros con rapidez y pone una mano en la barrera de la cuna. La niña alarga la suya y la escena me parte el corazón; ha habido demasiadas barreras, demasiadas alambradas, demasiada segregación y división.

—¿Es ella? —pregunto sin aliento.

—Tiene una marca parecida al tatuaje que describió —dice la enfermera encogiendo nerviosamente los hombros.

Parecida… No es suficiente. Se me encoge el corazón y de pronto soy yo la que no se siente preparada, de repente quiero que el camino sucio y oscuro prosiga serpenteante, porque mientras haya viaje habrá esperanza.

¡Detente!, tengo ganas de gritar, pero la palabra queda ahogada

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 10 20/12/23 10:11

en mi garganta, porque la joven ya se ha inclinado hacia la cuna y tiene a la niña en brazos, y el anhelo que se lee en su rostro es más grande que todos estos pobres huérfanos juntos. Es hora de saber la verdad. Es hora de averiguar si nuestros corazones pueden curarse.

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 11 20/12/23 10:11

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 12 20/12/23 10:11

PRIMERA PARTE
ŁÓDŹ

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 13 20/12/23 10:11

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 14 20/12/23 10:11

UNO

1 DE SEPTIEMBRE DE 1939

ESTER

Cuando las campanas de la catedral de San Estanislao dieron las doce, Ester Abrams se sentó agradecida en las escaleras de entrada y volvió la cara hacia el sol. Los suaves rayos le calentaban la piel, pero los zarcillos que el otoño había hecho crecer entre las piedras le daban frío en las piernas. Por un momento, pensó en quitarse el abrigo para sentarse encima, pero era nuevo y de un atrevido azul pálido que según su hermana realzaba el color de sus ojos, así que no quería arriesgarse a mancharlo.

Ester se sonrojó. Sin duda había sido una insensatez comprarlo, pero es que Filip iba siempre tan bien vestido… No de forma ostentosamente cara, pues un aprendiz de sastre no tenía mucho más dinero que una aprendiza de enfermera, sino con esmero y dignidad. Ese había sido uno de los primeros detalles que habían llamado su atención aquel último día de abril en que, por primera vez, él se había sentado en el otro extremo de los peldaños y ella había sentido que se colmaba cada célula de su cuerpo, como las flores que estallaban de vida en el cerezo cercano. Por supuesto, enseguida había vuelto a bajar la cabeza y a fijar con decisión la vista en sus *pierogi*, pero se había comido los paquetitos de pasta sin probar bocado del mejor relleno de setas y chucrut de su madre.

No se había atrevido a volver a mirarlo hasta que, por fin, él se había levantado para irse y entonces ella había aventurado una mirada fugaz. Podía verlo ahora en su imaginación, el cuerpo alto y delgado, casi desgarbado, si no fuera por la determinación con la que caminaba; la chaqueta de tela basta, pero cortada con estilo; la kipá bordada minuciosamente cubriéndole la coronilla.

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 15 20/12/23 10:11

Se había deleitado la vista con su figura hasta que, de repente, él se había girado y sus ojos habían mirado fijamente a los de ella, y entonces había sentido que no solo su cara, sino todo su cuerpo se ruborizaba con lo que debería haber sido vergüenza pero en su interior sentía más bien… alegría.

Al día siguiente, ella había llegado pronto, nerviosa por la expectación. Pero habían dado las doce y allí no había aparecido ningún joven, solo un anciano con un sombrero demasiado bajo que subía los peldaños tambaleándose, apoyado en un bastón. Ester había corrido a ayudarlo, en parte porque era lo que su madre habría esperado de ella y en parte porque tenía la esperanza de que, cuando volviera a salir, el joven ya estuviera allí sentado. Pero no estaba, así que se había lanzado escaleras abajo, arrancando airadamente trocitos de su *bajgiel* como si el pobre bollo tuviera la culpa, y luego había tardado media comida en darse cuenta de que él estaba en el mismo sitio del día anterior. Había estado comiendo tranquilamente mientras leía absorto el periódico, aunque lo cierto era que, cada vez que ella lo miraba, más que leerlo parecía estar atravesándolo con la mirada.

Durante seis largos días, habían comido cada uno a un lado de las escaleras mientras debajo de ellos las gentes de Łódź circulaban afanosamente y se abrían paso y reían por la calle Piotrkowska. Ester se había pasado cada día ensayando sin parar frases en su cabeza, frases que luego se embrollaban en un angustioso nudo cuando intentaba hacerlas salir por la boca. Al final, una mujer había pasado entre ellos y proferido una exclamación de desagrado. No supieron qué podría haberla molestado, porque cuando ambos levantaron la cabeza la mujer ya había entrado en la iglesia y ellos se encontraron mirándose de frente el uno al otro.

Entonces, todas aquellas frases ingeniosas que Ester tenía preparadas habían empezado a girar en su cabeza, empecinadas en no salir, hasta que por fin él había dicho alguna completa estupidez sobre el tiempo y ella había contestado con otra estupidez aún mayor, tras lo cual se habían sonreído como si hubieran mantenido el más inteligente de los debates, lo que hacía sospechar que quizá

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 16 20/12/23 10:11

tampoco fueran aquellas frases las que él había pensado decir. Una vez pronunciadas las primeras palabras, otras siguieron con mayor fluidez y pronto estuvieron, bueno, no exactamente conversando, porque ninguno de ellos era de los que malgastaban las palabras, pero sí compartiendo hechos modestos y sencillos sobre sus vidas.

—Me gusta tu kipá —consiguió decir ella—. Tiene una orilla muy bonita.

Él se la había tocado entonces, cohibido.

—Gracias. La bordé yo mismo.

—¡¿De verdad?!

Y ahí él se había ruborizado y ella se había dado cuenta de que, aunque su cabello fuera oscuro, él tenía los ojos tan azules como los suyos.

—Me estoy preparando para sastre. Casi todo son chaquetas y pantalones y camisas, pero me gusta esto… —había dicho tirando del borde de la gorra—. Mi padre lo llama los «detallitos fastidiosos». A él no le parece bien. Piensa que bordar es de mujeres.

—Pues viendo lo bien que lo haces está claro que no tiene razón.

Sus palabras lo habían hecho reír, brevemente pero con ganas.

—Gracias. Creo que la ropa debe expresar algo de ti mismo.

Ester se alisó el abrigo azul pálido, recordando aquel comentario y cuánto la había sorprendido. A ella le habían inculcado que la ropa debía estar pulcra y limpia y ser discreta, y nunca se le había ocurrido que pudiera expresar nada más que un adecuado cumplimiento de las labores del hogar.

—Cuéntame más —lo había animado, y él lo había hecho, mostrándose cada vez más abierto a medida que hablaba, hasta el punto de que ella con gusto se habría quedado allí sentada toda la tarde, de no ser porque tan solo tenía media hora para comer y la supervisora era un ogro. Si te atrasabas un solo minuto, ya te tocaba ocuparte de las cuñas durante toda la tarde, y, por mucho que le hubiera valido la pena quedarse con el joven sastre, sus padres habían sacrificado demasiado para pagarle su formación de enfermera y ella debía corresponder como era debido. Le había costado mucho irse de allí y, además, con la poca atención

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 17 20/12/23 10:11

que luego había puesto en su trabajo de la tarde, tampoco habría pasado nada si se hubiera tenido que ocupar de las cuñas. En cualquier caso, él había vuelto al día siguiente y al otro, y ella había llegado a apreciar esas medias horas de la comida como si fueran las más espléndidas joyas de las minas de Rusia. Así que ¿dónde estaba él hoy?

Miró nerviosa a lo largo de la calle Piotrkowska. Tal vez el trabajo lo hubiera retenido, o a lo mejor había ocurrido algún tipo de incidente. El ambiente parecía extrañamente agitado esa mañana, la gente más animada de lo habitual, las tiendas más llenas. Todo el mundo parecía llevar bolsas atiborradas de comestibles, como si tuvieran miedo de que se agotaran misteriosamente. Los vendedores de periódicos voceaban con más fuerza que nunca, pero durante los últimos meses Ester había oído tantas veces el desagradable revoltijo de palabras —nazis, Hitler, invasión, bombas— que ahora ya no le prestaba demasiada atención. Era un hermoso día de otoño, aunque el peldaño en que se sentaba estuviera bastante frío, y seguro que nadie haría nada demasiado terrible con un cielo tan azul.

Ahí estaba por fin, zigzagueando entre el gentío que se agolpaba frente a la carnicería, avanzando con facilidad entre la multitud. Ella se levantó a medias y luego se obligó a sentarse de nuevo. Llevaban tres meses viéndose de esta manera, tomando sus respectivas comidas cada vez más cerca en los peldaños de la catedral de San Estanislao, y mientras tanto las flores del cerezo se habían convertido en fruto y las hojas habían ido oscureciéndose hasta adquirir un tono herrumbroso en los bordes.

Habían hablado y ganado en confianza con cada nueva información compartida. Ella sabía su nombre: Filip Pasternak. Por supuesto, lo había unido al suyo propio para ver cómo quedaba —Ester Pasternak—, aunque cuando su hermana pequeña Leah había hecho lo mismo ella le había espetado que no fuera ridícula. Él estaba de aprendiz en el respetado taller de sastrería de su padre, no recibía ningún trato especial y se alegraba de que así fuera (aunque Ester no sabía si eso era del todo cierto),

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 18 20/12/23 10:11

y todavía no estaba previsto que se casara, porque tenía «trabajo que hacer».

La conversación había llegado a un punto muerto con esa revelación. Ester había conseguido decir que parecía tener mucho talento que aportar al negocio y Filip, al oírlo, había sonreído agradecido y dicho, con un tono desacostumbradamente áspero, que «los padres no siempre tienen razón en todo». Entonces, ambos habían mirado a su alrededor con aire culpable, no fuera a ser que alguien hubiera oído semejante blasfemia, y el reloj había dado oportunamente la media y provocado que se levantaran de golpe. Ester había tenido que encargarse de las cuñas esa tarde, pero la tarea apenas le había pesado, con el tropel de pensamientos desbocados que se agolpaban en su cabeza.

Estaba segura de que sus padres la considerarían demasiado joven para casarse, o como mínimo demasiado implicada en su formación de enfermera, y, para ser justos con ellos, debía admitir que se había pasado los últimos dos años diciendo que los hombres no le interesaban en absoluto ni probablemente le interesarían nunca. Su madre siempre había reaccionado con una sonrisa resabida que en aquel entonces a ella la había molestado, pero que ahora le infundía un cierto consuelo. No es que se hubiera hablado de matrimonio, ni siquiera de cenar juntos o de pasear por el parque, ni que hubiera otra cosa que la comida en la escalera de la catedral de San Estanislao. Ese pequeño e invariable ritual era como una burbuja que ninguno de ellos se atrevía a reventar por temor a que después no hubiera nada más.

—¡Ester!

Gritó su nombre por encima de la multitud. Se acercaba un tranvía y durante un instante terrible ella creyó que él iba a cruzar por delante; pero, a pesar de la expresión extrañamente enloquecida de sus ojos, se hizo atrás y el vehículo pasó retumbando durante unos segundos agónicos que a ella se le hicieron eternos. Y luego ahí estaba otra vez, brincando sobre las vías y llamándola de nuevo a gritos:

—¡Ester!

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 19 20/12/23 10:11

Ella se levantó.

—Filip. ¿Va todo bien?

—¡No! Es decir, sí. Yo estoy bien, pero el mundo no, Ester, Polonia no.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—¿No te has enterado?

Ella arqueó una ceja con expresión interrogante y él se dio una palmada en la frente de un modo tan cómico que Ester casi se echó a reír, aunque se reprimió porque él parecía demasiado preocupado para tales frivolidades.

—Pues claro que no te has enterado, si no para qué ibas a preguntar. Perdona.

Filip estaba dos escalones por debajo de ella y por primera vez tenían los ojos al mismo nivel. Ella fijó los suyos en los de él, demasiado inquieta para sentir vergüenza.

—No hay nada que perdonar, Filip. ¿Qué ha pasado?

Él suspiró.

—Alemania nos ha invadido. Hay montones de soldados de la Wehrmacht cruzando nuestras fronteras. Ahora todos corremos peligro.

—¿Tendrás que ir a luchar?

—Quizá. Si hay tiempo. Pero se acercan rápido, Ester. Ya avanzan hacia Cracovia y Varsovia.

—¿Y Łódź?

—Quién sabe, pero todo indica que sí. Esta es una ciudad atractiva y con mucha industria. A los alemanes les gusta la industria.

—Pero no les gustan los judíos.

—No —convino Filip—. Dicen que algunos ya se están marchando, recogiendo su oro y dirigiéndose al este.

—¿Y tu familia?

Negó con la cabeza.

—Padre no dejaría su taller por nada del mundo. Y aunque lo hiciera…

Se interrumpió y miró a Ester a los ojos.

—¿Y aunque lo hiciera…? —lo animó ella.

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 20 20/12/23 10:11

Vio cómo levantaba la barbilla y su mirada se ensombrecía con una repentina determinación.

—Aunque lo hiciera, yo no iría con él. No sin ti.

—¿Sin mí? —susurró sin aliento; pero él ya estaba cogiéndole las manos y poniéndose de rodillas ante ella, con las largas piernas en precario equilibrio sobre los estrechos escalones.

—Ester Abrams, ¿quieres concederme el gran honor de convertirte en mi esposa?

Ester parpadeó, sorprendida. Por un momento, toda la calle Piotrkowska pareció detener su despavorido ajetreo y volverse hacia ellos. Dos señoras mayores que arrastraban una carretilla con bolsas de la compra se pararon a mirarlos. Ester le devolvió la mirada a una de ellas y la mujer le guiñó un ojo y, con un gesto de la cabeza, la incitó a volver su atención al apuesto joven que tenía a sus pies.

—Yo…

—Porque esto es la guerra, Ester; en cuanto lo oí, en cuanto me imaginé a los soldados y las armas y al enemigo que marchaba sobre nuestra ciudad, solo pude pensar ya en una cosa: que podrían privarme de ti. Y entonces pensé en lo absurdo que era que ya hubiera malgastado veintitrés horas y media de cada día de este verano por no estar contigo y ya no pude soportar malgastar media hora más. Así que, Ester, ¿lo harás?

—¿Casarme contigo?

—Sí.

—¡Sí!

La palabra salió en un estallido de su interior y de inmediato ya estaba tirando de él para que se levantara y Filip la estaba abrazando y los labios del uno tocaban los del otro, y su único pensamiento era que ella, también, había malgastado demasiado tiempo. El mundo empezó a girar a su alrededor por el júbilo de tener a Filip y un fuerte ruido resonó en sus oídos, como si Dios hubiera puesto a cantar a todos sus ángeles. Aunque, si lo había hecho, habría tenido que elegir mejores voces, porque lo que sonaba parecía más un lamento que un coro celestial, y solo

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 21 20/12/23 10:11

cuando por fin se hizo atrás se dio cuenta de que era la sirena de ataque aéreo que, con un sonido lleno de chisporroteos, emitían los viejos y oxidados altavoces dispuestos a lo largo de la calle.

—Rápido —dijo Filip tomándola de la mano y arrastrándola escaleras arriba hacia el interior de la catedral. Mientras tanto, sobre sus cabezas, dos aviones alemanes cruzaban oscuros y amenazadores el brillante azul del cielo, y Ester no tenía ni idea de si era el día más feliz de su vida o el peor de todos.

Era una pregunta que se haría una y otra vez durante los negros años que vendrían.

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 22 20/12/23 10:11

DOS

19 DE NOVIEMBRE DE 1939

ANA

Ana Kaminski tomó del brazo a su marido mientras primero Filip y luego una ruborizada Ester eran conducidos a la jupá por sus padres y quedaban uno frente al otro bajo el bonito dosel. Sonrió al ver a la pareja mirarse a los ojos, visiblemente emocionados por enlazar sus vidas, y sintió que su alma se apaciguaba. Gracias a Dios que había venido. Al recibir la invitación, había dudado. Quizá fuera porque, ahora que ya estaba en la mitad de la cincuentena, se había vuelto más nerviosa, pero el caso era que no sabía si a Dios le parecería bien lo de asistir a una ceremonia judía. Bartek, que era un cielo, se había reído de sus miedos.

—Pues claro que Dios quiere que vayas y veas a esa joven pareja celebrar el amor que se tienen. Demasiado odio se está arremolinando ya a nuestro alrededor para no aprovechar sin dudarlo una oportunidad como esta, sin importar en qué edificio se celebre.

Tenía razón y ella se había sentido avergonzada por haberse siquiera preocupado. Los judíos eran gente seria, amable y respetuosa, y a eso había que darle el valor que tenía, especialmente en un mundo en el que imponerse a los demás se estaba convirtiendo en norma. Habían vivido dos meses y medio abominables desde que los nazis, sin previo aviso, habían entrado en Polonia e impuesto sus rígidas normas e ideologías a su querido país. Sentía ganas de gritar su rabia a todos aquellos engreídos soldados que desfilaban por su ciudad, cambiando rótulos y señales y promulgando nuevas leyes sin mostrar el más mínimo respeto por la costumbre, la tradición o ni siquiera, según parecía, el sentido común o la decencia.

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 23 20/12/23 10:11

Jesús le había enseñado a ofrecer la otra mejilla, pero los nazis les habían abofeteado las dos nada más llegar, y se hacía difícil perdonar una ofensa cuando ya te estaban arrojando diez más. En momentos como este, ella se sentía más como una cristiana del Antiguo Testamento, sedienta de fuego y venganza, que del Nuevo Testamento, lo que tal vez resultaba irónico teniendo en cuenta dónde se encontraba ahora.

Paseó la mirada por la sinagoga y, en ese momento, el rabino comenzó un canto grave y místico cuyo eco devolvieron los muros pintados al fresco. Cuando habían llegado los invitados, el suelo centelleaba por la escarcha, pero ahora el sol brillaba en el cielo y los rayos que caían desde los altos ventanales se reflejaban en las columnas y el mobiliario dorados, de modo que todo el lugar parecía refulgir. No era, tenía que admitir, demasiado diferente a su querida catedral de San Estanislao, y se agarró al brazo de Bartek, agradecida de nuevo por que él hubiera insistido en venir. Aquel era el instante de mayor paz que había tenido en todo el otoño.

Observó con atención cómo la hermana pequeña de Ester, Leah, acompañaba a la novia en sus siete vueltas alrededor del novio, su dulce rostro con expresión solemne y la mirada fija en el suelo, no tanto por devoción como para asegurarse de no pisarle el dobladillo a su hermana. Ana recordaba esa sensación. Su propia boda con Bartek, pese a los veintitrés años transcurridos, se mantenía vívida en su mente. La habían celebrado en 1916, en medio de otra guerra, la Gran Guerra la llamaban, la guerra que iba a poner fin a todas las guerras, aunque no había sido así. Sin saber cómo, ahora estaban de nuevo allí y una vez más las arrogantes potencias que flanqueaban a la pobre Polonia estaban devastando sus pacíficas ciudades y pueblos. ¿Por qué no podían dejarlos en paz? Durante siglos, Rusia y Alemania habían considerado la patria de Ana como un territorio que podían repartirse, hasta que en 1918 Polonia había por fin recuperado su soberanía. Ahora, sus vecinos volvían a pisotearla y esta vez con tanques y artillería pesada.

Ana se estremeció, tratando de concentrarse en la gozosa ceremonia. Ahora Ester había vuelto a colocarse ante Filip y él le

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 24 20/12/23 10:11

levantaba tiernamente el velo por detrás de la cabeza y lo llevaba hacia delante para cubrirle el rostro, simbolizando así que no solo estimaba su cuerpo, sino también su alma. Aquel instante era una bendición, un día de amor en medio del miedo y un recordatorio de que, con independencia de lo que las potencias de turno se estuvieran disputando, las gentes sobre las que tan desafortunadamente tenían autoridad tan solo querían continuar con sus vidas, casarse, tener hijos, formar una familia. ¿Existía algo más valioso que eso?

Instintivamente, la mano de Ana buscó la identificación profesional que siempre llevaba en el bolsillo del abrigo, en una cajita de dentífrico en polvo. Nunca se sabía cuándo podían llamarte y lo mejor era garantizar a las parturientas que sabías lo que estabas haciendo. Había sido comadrona en esta ciudad durante los últimos veinte años y en muchas ocasiones habían requerido sus servicios en medio de una cena, o cuando estaba bebiendo algo con los amigos, o incluso en el teatro. Ahora, cada vez que interrumpían una obra, ella se ponía en tensión esperando el inevitable anuncio: «Se ruega a la comadrona Kaminski que se presente en el vestíbulo». Bartek lanzaba entonces un suspiro, pero le daba un beso en la frente mientras ella recogía el abrigo y la pequeña bolsa de instrumental que siempre llevaba consigo y se adentraba en la noche.

Una pequeña parte de ella lamentaba perderse el final de la obra, pero en cuanto se enfrascaba en el parto, las trivialidades del drama previamente escrito quedaban barridas por la emoción del drama natural que se desarrollaba ante ella. Era un privilegio tener aquel trabajo. Cada vez que ayudaba a traer una nueva vida al mundo, su alma sentía como si estuviera presenciando de nuevo el nacimiento del Niño Jesús, y el cansancio que pudiera sentir se disipaba ante aquel gozoso milagro. ¿Qué poder tenían las pistolas y los tanques contra un renacimiento tan sencillo como aquel?

Ana observó a Ester y negó con la cabeza al pensar en cómo pasaba el tiempo. Esta joven encantadora había sido uno de los primeros bebés que ella había traído al mundo. Por entonces,

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 25 20/12/23 10:11

acababa de salir de la escuela de comadronas de Varsovia y aún la asombraba que la dejaran ejercer sola. Cuando la llamaron al limpio y ordenado hogar de Ruth, al amanecer, la había recibido su marido, Mordecai, encorvado en el umbral, dando furiosas chupadas a su pipa. Al verla, se había enderezado de golpe y le había agarrado las manos.

—Gracias a Dios que está aquí. La necesita. Mi Ruth la necesita. Va a cuidarla bien, ¿verdad? ¿Hará que no le pase nada?

Balbuceaba como un niño y ella había sentido que todo el peso de su amor le caía encima. Toda la felicidad de Mordecai, aquel día, dependía de sus manos, pero esas manos, se recordó a sí misma, habían aprendido en la mejor escuela de comadronas de Polonia, de modo que, después de elevar una oración a Dios, se había apresurado a entrar en la casa.

Al final, no había resultado tan difícil cumplir los deseos de Mordecai, porque Ruth era joven y fuerte y contaba con la ayuda de una madre sensata que la había obligado a apretar los dientes y a empujar cuando Ana se lo había pedido. La pequeña Ester había nacido sin contratiempos cuando no había pasado ni una hora desde la llegada de Ana, y Mordecai había entrado corriendo y deshaciéndose en halagos hacia ella. Ana le había asegurado que todo el trabajo lo había hecho su mujer, y luego se había hecho atrás mientras él tomaba la cara de Ruth entre sus manos y la besaba con ternura antes de sostener al bebé como si fuera lo más precioso del mundo. Y ahora ese bebé era ya una mujer.

Ana escuchó con atención mientras Ester declaraba sus votos matrimoniales a Filip, con voz fuerte y clara. Qué joven pareja más maravillosa, los dos tímidos y serios en la dirección que habían decidido dar a sus vidas. En Ester veía algo de sí misma. La joven demostraba una pasión evidente por la profesión de enfermera y Ana esperaba que pudiera, como ella misma había hecho, continuar con su vocación mientras formaba una familia. Volvió los ojos hacia Filip, alto y orgulloso mientras ofrecía también sus juramentos a la novia. Lo único bueno de que los hubieran invadido, suponía, era que los jóvenes todavía no habían sido requeridos

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 26 20/12/23 10:11

para luchar, así que Filip podía estar ahora allí con su padrino, Tomaz, a su lado. Quién sabía si el insaciable Reich decidiría llamarlos a filas; pero seguramente ni siquiera Hitler estaría tan loco como para pedir a sus enemigos que lucharan por su causa, de modo que quizá Ester pudiera mantener a su novio en casa.

Tampoco es que el pobre pudiera trabajar. Al área de Łódź se le había concedido el «honor» de formar parte del Reich y hacía dos semanas que el comandante alemán había prohibido que los judíos trabajaran en los sectores textil y del cuero, una ley que de un plumazo había dejado sin ocupación a casi el cincuenta por ciento de la comunidad de Łódź. El aprendizaje de Filip había finalizado en el acto y a su padre lo habían obligado a ceder su querido taller a un enorme alemán de dedos gordos y ningún talento.

La ciudad iría peor vestida por culpa de esa medida insensata y, mientras tanto, los cerdos que mandaban en Łódź habían emitido una orden de «trabajo obligatorio» para los pobres judíos y los sacaban de sus casas y lugares de trabajo para que demolieran monumentos polacos, barrieran las calles o cambiaran las señales y letreros. Precisamente, hacía poco que Ana había visto a dos hombres que lloraban sin rebozo mientras retiraban los rótulos de la histórica y monumental calle Piotrkowska para sustituirlos por relucientes placas en las que se leía *Adolf-Hitler-Strasse*. Los nazis estaban haciendo lo mismo en todas las calles de la ciudad, tachando los antiquísimos nombres para escribir encima las arrogantes denominaciones alemanas. Ningún buen polaco utilizaría esos nuevos nombres, pero allí estaban de todos modos, como un insulto.

Y además estaban los brazaletes. La orden había llegado hacía apenas unos días: todos los judíos debían llevar un brazalete amarillo de diez centímetros de ancho justo debajo de la axila, una ubicación pensada para causar la máxima incomodidad. Parecía que volvieran otra vez a la Edad Media. Eran muchos los líderes despóticos que habían impuesto emblemas distintivos a los pueblos judíos a lo largo de los siglos para «impedir mezclas

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 27 20/12/23 10:11

accidentales», como si los seres humanos no hablaran entre sí ni conocieran a las familias de los otros ni compartieran sus historias; como si correspondiera al Estado decidir con quién debía cada individuo unirse en sagrado matrimonio.

Ana se había encontrado recientemente a Ruth y Leah en la calle, ambas muertas de preocupación por cómo eso afectaría a los vestidos que tan cuidadosamente habían elegido para la boda, ambas rogando para que la espantosa orden no se aplicara hasta después de la boda. Pero no: las SS, los más atroces y sádicos representantes de los alemanes, habían vigilado las calles durante toda la semana y apuntado sus armas a cualquier pobre judío que no llevara el distintivo amarillo, hasta llegar incluso a apretar el gatillo. El viejo Elijah Aarons, el mejor panadero de la ciudad, ya no haría más *kolaczki* ni *szarlotka*, esas deliciosas galletas y tartas para deleitar a sus incontables clientes, porque lo habían matado de un disparo en su propia tienda al insistir en que todavía no había encontrado suficiente tela amarilla para abarcar su más que estimable bíceps. Así que allí estaban, casi cada miembro de la congregación, salvo Ana y Bartek, con el trapo atado muy a su pesar. Incluso la pobre Ester tenía que llevar uno, aunque alguien muy listo —casi con toda seguridad Filip— había cosido brillantes franjas doradas alrededor de los dos brazos en desafiante obediencia a la norma, de modo que ella parecía más una reina que una paria.

La ceremonia se acercaba a su conclusión y Ana apartó de su mente cualquier pensamiento inquietante para volver al glorioso aquí y ahora, en el momento en que de nuevo le levantaban el velo a Ester y el rabino tomaba una copa y se la pasaba a uno y a otro para que bebieran. Cuando la hubieron vaciado, el rabino la metió en una bolsa de terciopelo, tiró con fuerza del cordel para cerrarla y la dejó en el suelo delante de Filip. El joven novio miró a Ester, quien lo alentó con su sonrisa y le cogió la mano. Los asistentes se acercaron para ver cómo Filip levantaba el talón y pisaba con fuerza la copa. Ana pudo oír el primer crac antes de que quedara ahogado en los jubilosos *Mazel tov* de felicitación y buenos deseos y, al sumarse ella también, supo que, con independencia de la

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 28 20/12/23 10:11

lengua o el tipo de edificio, todas las culturas estaban unidas en las bendiciones para un matrimonio feliz.

Se volvió para besar a su propio esposo mientras todos conversaban alegremente a su alrededor, se abrazaban y se apelotonaban para alzar a la novia y al novio y llevarlos por toda la sinagoga. La fiesta se celebraría en el salón que había detrás del bonito edificio, pero parecía que ya hubiera comenzado mientras los ridículos brazaletes giraban y giraban, formando un aro dorado alrededor de la joven pareja. Ana vio a Ester reír a carcajadas cuando Tomaz separó su mano de la de Filip, la subió a ella a unos hombros ya preparados para recibir la carga y se acercó a Filip también para levantarlo. La pareja fue transportada por la sinagoga entre los vítores de todos, pero justo cuando los aplausos de los invitados se fusionaban en una cadencia eufórica, las puertas se abrieron de golpe y unos disparos resonaron por todo el edificio. La multitud quedó paralizada al ver irrumpir en el templo a los soldados de las SS, gritando en un alemán bronco: «*Raus*, *raus*». «¡Fuera!».

La risa de Ester se transformó en horror cuando se vio apuntada por las armas de las SS, aún subida a hombros de la multitud y convertida en el más fácil de los blancos, y eso hizo que Ana, instintivamente, se adelantara.

—Por favor —dijo en alemán—, esto es una boda.

El oficial la miró sorprendido. Ana había aprendido alemán de pequeña y lo hablaba con soltura. Le había sido muy útil a lo largo de los años, pues muchos de sus clientes habían sido alemanes reubicados en Polonia, pero jamás imaginó que tuviera que utilizarlo con soldados.

—¿Una boda?

El oficial levantó un arma para frenar a sus hombres al tiempo que miraba a su alrededor, lo que, por lo menos, sirvió para que los aterrorizados invitados tuvieran tiempo de bajar a Ester y a Filip y refugiarlos en la relativa seguridad de la multitud. El hombre lanzó una risa desagradable.

—¡Una boda judía! Eso, señora, es precisamente lo que hemos venido a impedir. No podemos tolerar que esta escoria se re-

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 29 20/12/23 10:11

produzca. Ya hay demasiados. —Repasó a Ana de arriba abajo y reparó en que vestía un abrigo de calidad, sin la mancha del brazalete—. ¿Qué hace usted aquí?

—Celebrar el amor —contestó ella con atrevimiento.

La risa fue más tétrica esta vez, más amenazadora. Con el rabillo del ojo, Ana vio que el corpulento Tomaz vigilaba mientras Ruth y Mordecai sacaban furtivamente a los novios por la puerta trasera. Agradeció que hubieran podido huir, pero el resto de los presentes seguía corriendo peligro. Los padres de Filip, Benjamin y Sarah, intentaban calmar a todo el mundo, pero el pánico crecía.

—¿Necesitan ustedes alguna cosa, señor? —preguntó Ana, obligándose a ser cortés, aunque las palabras parecían rasgarle la garganta.

—¿Si necesitamos alguna cosa? Sí, señora. Necesitamos destruir este edificio blasfemo y a todos los judíos malnacidos que hay en él. ¡Eh, vosotros! Quietos ahí.

Había descubierto la entrada trasera mientras otros invitados trataban de escabullirse y, acercándose a grandes zancadas, agarró a la dama de honor de Ester y la hizo entrar de nuevo. Ana sintió que se le partía el alma. A sus catorce años, Leah le había parecido ya tan mayor al llegar detrás de su hermana, con su excepcional cabello rubio enroscado en un recogido alto y el discreto maquillaje que realzaba sus rasgos… Pero ahora su aspecto era el de una niña asustada, y con razón. Las armas parecían tan grandes vistas tan de cerca, tan terriblemente poderosas… Si las SS decidían darles rienda suelta en aquel espacio cerrado, no habría lugar en el que los distinguidos invitados de Ruth y Mordecai pudieran esconderse.

—Por favor —repitió—. Deje que se vayan. Hay personas mayores, niños.

—¡Niños *judíos*!

—Niños igual que los demás.

El oficial la miró con una mueca de odio en la cara.

—No son iguales —bramó—. Los judíos son una plaga en esta tierra y nuestro deber es erradicarlos.

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 30 20/12/23 10:11

Ana sintió como si le hubieran aspirado todo el aire de los pulmones. Había visto cómo obligaban a los judíos a rellenar charcos con arena, los había visto cerrar sus tiendas y esconderse en sus casas, pero hasta ese momento no se había dado cuenta de cuán profundo era el odio al que habían de enfrentarse. Esto ya no eran simplemente burlas y desprecio: era pura maldad. Trató de tomar aire mientras todo parecía dar vueltas ante sus ojos, y entonces notó el brazo de Bartek alrededor de la cintura, fuerte y decidido.

—Y nosotros les damos las gracias por ello —dijo su esposo con calma en un alemán no tan bueno como el de ella, pero suficientemente comprensible—. Pero ¿cuáles son sus órdenes para hoy?

Ana tuvo ganas de golpearlo en el pecho por su aparente complicidad, pero mientras luchaba por mantener la serenidad, observó que las brillantes botas del soldado se movían con cierto nerviosismo. Órdenes. Bartek tenía razón, eso era a lo único que respondían estos autómatas.

—Tenemos orden de volar todas las sinagogas de Łódź.

—Pero no a la gente.

—Todavía no —dijo escupiendo las palabras, pero Ana percibió un atisbo de duda en la voz y se aferró a Bartek cuando este habló de nuevo.

—Entonces, tal vez de momento podría dejarlos salir a la calle para que vean cómo su edificio sagrado se derrumba ante ellos.

—¡Eso es! —El oficial acogió con entusiasmo la propuesta—. Una humillación y una advertencia del poder del Reich. *¡Raus!* —gritó, y los soldados repitieron de inmediato—: *¡Raus, raus, raus!*

Leah encabezó la desbandada hacia las puertas, todos atropellándose en su afán por escapar antes de que el templo se hundiera sobre sus cabezas, como tantas veces había ocurrido a lo largo de la historia. Bartek, estrujado contra una columna, se llevó las manos a la cabeza, y ahora fue Ana la que tuvo que agarrarlo por la cintura y hacerlo salir junto con los demás.

—¿Qué he dicho? —gimió—. ¡Ha sido horrible, horrible!

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 31 20/12/23 10:11

—No ha sido horrible, ha sido atrevido y valiente y le ha salvado la vida a toda esta gente —le dijo Ana.

—De momento —replicó Bartek lúgubremente, y, mientras todos se abalanzaban hacia la calle Piotrkowska, o la Adolf-Hitler-Strasse, con la boda convertida ya en un caos, Ana supo que tenía razón. Los invasores habían tomado la ciudad y ahora iban a dividir a sus habitantes. Algún demente había decidido que la bebé que Ana trajera al mundo dieciocho años antes, desnuda e inocente, tenía menos valor que los otros bebés, y ahora se había propuesto eliminarla de la faz de la tierra junto con toda su estirpe. Esto no era solo una guerra, sino el fin de la civilización, y, mientras se dirigía a casa, toda la paz de la hermosa ceremonia nupcial quedó borrada del alma de Ana y fue sustituida por una aciaga premonición. Solo podía rezar para que Ester y Filip pasaran unos pocos días juntos y felices, porque iban a necesitar de toda su fortaleza en las semanas y los meses que se avecinaban.

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 32 20/12/23 10:11

TRES

8 DE FEBRERO DE 1940

ESTER

—¡Filip, ya estoy en casa!

Ah, cuánto le gustaba a Ester decir eso. Nunca se habría imaginado que el mero hecho de cruzar un umbral la haría sentir tan maravillosamente bien. Por más que el apartamento fuera pequeño y tuviera muebles toscos y las escaleras se hicieran interminables, era todo suyo y para ella valía tanto como el más lujoso de los palacios.

—La cena está casi lista —respondió Filip, y a ella le dio la risa tonta mientras colgaba el abrigo y entraba en la estrecha cocina, donde vio a Filip en los fogones con un mandil anudado a la cintura y el hermoso rostro encendido por el vapor de la cazuela.

—Qué bien huele —dijo ella ya entre sus brazos abiertos y dándole un beso.

—Es un *bigos*, o al menos trata de serlo. Mi madre me anotó la receta, pero no he encontrado casi ningún ingrediente en las tiendas. Debería llevar siete tipos diferentes de carne, pero solo hay dos y, la verdad, no sé si pueden considerarse carne en el verdadero sentido de la palabra.

Ester lo besó de nuevo y le limpió una mancha de salsa de la mejilla.

—Estará perfecto, Filip. Gracias.

Él sonrió agradecido.

—He tenido que hacer cola durante horas y cuando estaba a punto de tocarme siempre había alguien que me empujaba hacia atrás.

—¿Y no protestabas?

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 33 20/12/23 10:11

—¿Con las SS en cada rincón? No me los imagino viniendo a ayudarme.

Ester se estremeció. Todos los días de ese año 1940 había amigos o familiares que recibían golpes o patadas o palizas por parte de los nazis, que los trataban como a juguetes. No hacía mucho que una de las amigas de Ester, Maya, había aparecido en su puerta llorando y suplicando su ayuda. Durante toda la mañana, los nazis habían obligado a su anciano padre a cargar ladrillos con las manos desnudas hasta el otro lado de la calle, y luego le habían ordenado devolverlos a donde estaban. El hombre tenía los dedos destrozados, la espalda casi el doble de encorvada y las costillas llenas de morados por las patadas que le habían propinado cada vez que se caía.

Ester había tratado de lavarle y vendarle las heridas lo mejor posible, pero a la mañana siguiente las SS habían vuelto a aporrear la puerta del anciano y a ordenarle que pusiera sus «huesos holgazanes» a trabajar, con lo que de nuevo había comenzado la pesadilla. Su padre estaba ahora en el hospital y Maya juraba que se vengaría. Pero ¿qué podían hacer? Los nazis tenían las armas y, por tanto, el poder. El resto del mundo había entrado en guerra por Polonia, pero, aparentemente, lo único que la propia Polonia podía hacer era matarse a trabajar y rogar por que la rescataran. Muchos jóvenes habían huido al extranjero con la intención de alistarse en algún ejército y, aunque Ester lo entendía, se alegraba infinitamente de que Filip se hubiera quedado con ella.

—Es un poco el mundo al revés, ¿no? —dijo él ahora—. Tú te vas a trabajar y yo cuido de la casa.

—A mí me gusta —respondió Ester con una sonrisa—. El delantal te queda bien.

Filip hizo una graciosa media reverencia y ella volvió a reír y lo atrajo hacia sí para darle un beso más largo e intenso. Apenas podía creer que no hubiera pasado ni un año desde que este maravilloso joven se había sentado frente a ella en las escaleras, y que ahora estuvieran ya casados y vivieran juntos. Lo cierto es que ya no recordaba cómo era el mundo sin él y le parecía que nunca podría cansarse de estar entre sus brazos.

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 34 20/12/23 10:11

—¿Está listo? —preguntó Ester.

Él probó el sustancioso estofado, frunciendo el ceño con gesto de concentración.

—Creo que no le vendría mal otra media hora.

—¡Bien! —exclamó ella tomándolo de la mano para llevárselo al dormitorio.

—Señora Pasternak, ¿pretende seducirme?

—Sí —convino ella alegremente.

La vertiente física de su matrimonio no había tenido el mejor de los comienzos, después de verse obligados a salir a toda prisa de la sinagoga apenas iniciadas las celebraciones de la boda. La familia de Filip lo había organizado todo para que pudieran pasar unos días en una encantadora cabaña del bosque de Lagiewniki, pero estaban tan alterados que la primera noche no habían hecho más que acurrucarse juntos, con la mirada perdida en el fuego y deseando regresar con sus familias para asegurarse de que todos se encontraban bien.

Presas del cansancio y la incertidumbre, habían terminado por irse a la cama, pero después de dormir abrazados durante toda la noche se habían serenado y, a la mañana siguiente, con los primeros rayos del alba filtrándose entre los árboles, habían encontrado su camino hasta el otro. Después, Ester con gusto se hubiera quedado allí para siempre. Había descubierto que con Filip no tenía por qué ser tímida. Su confianza en él era tan absoluta que la timidez parecía fuera de lugar y, además, los dos habían llegado al matrimonio igualmente inocentes, así que este era un viaje que habían emprendido juntos y que, eso esperaba ella, aún habría de durar muchos años.

—¿A la cama, entonces? —preguntó Ester, arqueando una ceja.

Vio que los ojos de él se ensombrecían.

—Sí, por favor. Ah, pero antes tengo algo que decirte.

—¿No puede esperar? ¡Vaya! —Había tirado atrás las sábanas, lista para acostarse, pero se encontró con el colchón cubierto de ropa—. ¿Filip?

Él se apresuró a recoger todas las prendas y las arrebujó en un saco de arpillera.

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 35 20/12/23 10:11

—Arreglos. Todo el mundo está adelgazando tan deprisa que necesitan que les estrechen la ropa, y se ha corrido la voz de que yo estoy dispuesto a hacerlo. Pagan en efectivo, o con comida, lo que es aún mejor, pero…

—Pero hay que mantenerlo en secreto —terminó Ester, sintiendo escalofríos de solo pensar en lo que podría pasarles si había una redada. Trabajar con tejidos, incluso en tu propia habitación, estaba prohibido.

—Puedo dejar de hacerlo si quieres —dijo Filip estrechándola con fuerza contra su cuerpo.

Ester negó con la cabeza. Podían bromear sobre el mandil de su esposo, pero ella sabía que tener que quedarse en casa todo el día era duro para él, y este trabajo podía ayudarlo a mantener la cordura. Además, la gente lo necesitaba. El brazalete había sido sustituido por una estrella de David amarilla que debía coserse en el pecho y la espalda de todas las prendas. Con las cuentas corrientes de los judíos congeladas y la imposición de un límite para la retirada de efectivo, cada vez era más difícil ir bien vestido, pero nadie se resignaba a perder su dignidad ante las impecablemente uniformadas SS. Y, si sastres como Filip podían ayudarlos a obtener esa pequeña victoria, mejor que mejor.

—Solo estás cosiendo estrellas, ¿no? —preguntó Ester señalando al montón que había a un lado.

—Sí —contestó Filip.

Eso al menos estaba permitido, incluso algunos de los judíos más ricos habían encargado diseños más elegantes, haciendo de la desgracia moda, hasta que los alemanes habían puesto fin al asunto. Con todo, esa mezquina prohibición no había hecho sino proporcionarle a Filip más encargos, pues ahora había que volver a sustituir esas estrellas por las más bastas que prefería el enemigo, y si, de paso, él entraba alguna costura o bordaba un dobladillo o añadía un volante, ¿quién iba a enterarse?

—Entonces, ¿por qué van a quejarse los alemanes? Ya tienen a bastantes de nosotros para encima tener que quedarse también con nuestra ropa, ¿no?

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 36 20/12/23 10:11

Filip se agitó inquieto entre los brazos de Ester.

—De verdad, tengo algo que decirte.

Ella lo miró, sorprendida.

—¿No era lo de la ropa?

—No.

—Ah. ¿No puede esperar? —volvió a preguntar, pero empezaba a tener la incómoda sensación de que, fuera lo que fuera «eso» que él había de decirle, ya había echado a perder el momento—. Dime, ¿qué pasa?

—No, no, no. Puede esperar. Ven aquí.

Filip comenzó a desabotonarle el uniforme, pero le temblaban los dedos y ella lo detuvo con suavidad.

—Será mejor que me lo digas, Filip. Las penas compartidas…

—Siguen siendo penas —dijo él lúgubremente.

—Mientras estemos aquí, juntos, entonces…

—De eso se trata.

El corazón de Ester empezó a latir con fuerza.

—¿De qué? ¿Del apartamento? ¿Del casero?

—No, no es el casero. Es solo… Espera un momento.

Cruzó a toda prisa la cocina y volvió con el periódico *Lodscher Zeitung* arrugado entre las manos. Lo desplegó lentamente y se lo pasó a Ester. En primera plana, había un mapa de la ciudad, con un área sombreada alrededor del mercado de Bałuty bajo la cual se leía *Die Wohngebiet der Juden*.

—*¿Wohngebiet?* —preguntó a Filip.

—Área residencial —tradujo él, añadiendo con amargura—: Gueto.

Ella se desmoronó en la cama, solo a medias consciente de la presencia de Filip a su lado mientras trataba de entender las palabras alemanas. La orden, escrita en el estilo imperioso de los invasores, acusaba a los judíos de ser una «raza sin sentido de la limpieza» y declaraba que, en consecuencia, era una cuestión urgente de salud pública separarlos antes de que infectaran a las «buenas gentes» de la ciudad. Ester leyó las palabras una y otra vez, sin acabar de asimilarlas del todo.

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 37 20/12/23 10:11

—«Sin sentido de la limpieza» —pudo escupir por fin—. ¿Cómo se atreven?

Paseó una mirada de indignación por el apartamento: un poco viejo, incluso un poco desvencijado, pero impecablemente limpio.

—No es verdad, Ester —dijo Filip con suavidad.

—¡Ya lo sé! Eso hace que sea aún peor. ¿Cómo se les permite decir algo así de nosotros? ¿No existen leyes contra la difamación? ¿Por qué no hay nadie que los detenga?

Filip se mordió el labio.

—Son los conquistadores, amor mío. Eso significa que pueden hacer lo que quieran.

—¿También enviarnos a… a un gueto?

La palabra misma le resultaba desagradable: corta y punzante, como un insecto furioso.

—Eso parece.

—¿Cuándo?

Filip tragó saliva.

—Tenemos tres días.

Lo miró horrorizada. Se levantó, fue hasta la puerta del dormitorio y se quedó observando la cocina-comedor. Su abrigo estaba colgado en la percha del recibidor, donde ella lo había dejado al entrar brincando alegremente y ser recibida por el aroma del *bigos* y la gloriosa imagen de su marido con delantal. Tan pronto sentía ganas de aporrear a Filip en el pecho, por haber dejado que lo incitara a ir a la cama sabiendo lo que sabía, como deseaba que se lo hubiera ocultado hasta… ¿Hasta cuándo?

—¿Qué vamos a hacer, Filip?

Él se acercó y la enlazó con ambos brazos por la cintura, y Ester se recostó entonces contra él. Sintió el leve roce de sus labios cuando la besó en el cuello.

—Aferrarnos el uno al otro con todas nuestras fuerzas, amor mío. Me gusta este apartamento tanto como a ti, pero para mí el hogar está donde tú estés, y si los alemanes creen que van a quebrar nuestro espíritu por llevarnos de aquí para allá por nuestra

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 38 20/12/23 10:11

propia ciudad, van a tener que pensar en algo mejor. Vamos a comer el *bigos*, luego nos metemos en la cama y mañana buscamos a nuestras familias y formamos un nuevo hogar, un hogar mejor que cualquier elegante palacio alemán, porque estará lleno de amor, no de odio.

Lo intentaron. Ambos lo intentaron con todas sus fuerzas, pero si el *bigos* hubiera sido serrín no se habrían enterado, y dormir resultaba imposible sabiendo que podría ser la última noche en su diminuto hogar conyugal, de modo que se sintieron aliviados cuando el alba se coló por la ventana, gris y húmeda. Los gritos que se oían ya en la calle hicieron que se acurrucaran el uno contra el otro, demorándose en sus últimos instantes de seguridad, pero entonces unos golpes en la puerta anunciaron la llegada de los padres y la hermana de Ester y no tuvieron otro remedio que levantarse y hacer frente a la pesadilla.

Todo el mundo corría presa del pánico. Al parecer, el gueto iba a ubicarse en la zona que circundaba el gran mercado de Bałuty, en el norte de la ciudad, donde ya vivían buena parte de los judíos, pero ni mucho menos todos, pues otros tantos lo hacían fuera de esa zona. Ahora, nadie parecía saber adónde irían.

—Hay una oficina de alojamiento en la calle Południowa —les dijo Tomaz que había ido a informarles a casa, pero cuando llegaron allí la multitud hacía cola en una cincuentena de filas.

—¿Qué pasará con la escuela? —preguntó Leah mirando ansiosa a su alrededor. A sus catorce años, era la única que consideraba aquello como una aventura.

—¿La escuela? —Se rio un alemán que pasaba por allí—. ¿Y de qué le sirve la escuela a la gente como tú? Solo para desaprovechar a los buenos profesores.

Leah posó las manos en las ya torneadas caderas.

—Para que lo sepa, soy la primera de mi clase.

—Ah, ¿sí? Te diré una cosa: ven aquí y te daré la clase de educación adecuada para las que son como tú.

Le dedicó un gesto lascivo y sus compañeros lo jalearon ruido-

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 39 20/12/23 10:11

samente. Llena de rabia, Leah dio un paso hacia ellos, pero Ester tiró de ella y la hizo retroceder.

—Déjalos, Leah. No vale la pena.

—No pueden hablarnos de esa forma —replicó ella indignada.

Ester le sonrió con tristeza. ¿Qué podía decir? Leah debería tener razón, pero la espantosa verdad de la Łódź ocupada era que sus conquistadores podían hablarles como les diera la gana.

—Pongámonos en la cola.

Fue una espera larga y llena de miedo, hasta que por fin llegaron a la oficina de alojamiento. Los pupitres eran atendidos por empleados que parecían agotados, vigilados por Chaim Rumkowski, a quien los alemanes habían nombrado el mes anterior «decano de los judíos», el hombre, pues, al mando del Consejo Judío y que parecía destinado a dirigir el gueto. Tenía el cabello blanco y suave y una sonrisa alentadora, pero sus ojos de anciano demostraban una aguda vista cuando inspeccionaba las multitudes de «su» pueblo, y además lo escoltaban dos miembros de las SS. Ester se alegró cuando los enviaron a una mujer joven, justo la que atendía el pupitre más alejado de la silla de alto respaldo de Rumkowski.

—Necesitamos una casa pequeña para mi marido y para mí y otra para mis padres y mi hermana —dijo.

La mujer levantó la vista, empezó a reírse y casi de inmediato adoptó un gesto compungido.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Ester.

—Tan bien como se puede estar cuando se tienen que dar malas noticias a todo el mundo —dijo cansinamente—. Tendrán que compartir casa.

—¿Todos nosotros?

Suspiró.

—Todos ustedes y otros, además.

—¿Quiere que vivamos con desconocidos?

—Lo siento, pero el número de casas del gueto es la mitad que el de familias que hemos de alojar. Y en la mayoría de ellas todavía hay polacos viviendo.

—¿Y qué pasará con ellos?

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 40 20/12/23 10:11

—Serán reubicados, se establecerán en otro lado.

Lo dijo con absoluto convencimiento, pero Ester no pudo evitar pensar que la respuesta era inapropiada, porque toda aquella situación no tenía nada de «estable». Miró horrorizada a Filip. Venían de un apartamento minúsculo, pero al menos era todo para ellos. Ahora se esperaba que compartieran espacio como si fueran niños y que vivieran con desconocidos, ¡además!

—Mis padres —dijo Filip—. ¿Y si incluimos también a mis padres?

—Entonces, ¿serán ustedes siete? —preguntó la mujer, y ellos asintieron. Solo Dios sabía cómo iría todo, porque sus padres se habían visto solo unas pocas veces, pero la presencia de Ester y Filip los uniría—. Tengo un sitio aquí, en la Kreuzstrasse.

—¿Dónde?

La mujer se inclinó hacia delante.

—Antes era Krzyżowa —susurró, como si solo mencionar el nombre polaco fuera un crimen—. Tiene dos dormitorios.

—¿Dos?

—Y una buhardilla.

—Nos la quedamos —dijo Filip. Apretó con fuerza la mano de Ester y le susurró al oído—: Las buhardillas son muy románticas.

En ese momento, Ester lo amó más que nunca por su optimismo, pero, al recibir las llaves de una propiedad desconocida que deberían compartir con los padres de ambos, no pudo evitar pensar que, seguramente, no había oído nada menos romántico en su vida. Su adorado apartamento pasaría a manos de alguna pareja de intrusos alemanes, en tanto que ellos se veían obligados a trasladarse al gueto. Tenía el corazón roto y, mientras se abrían camino para salir de la oficina, se aferró con tanta fuerza a la mano de Filip que le dejó los nudillos de un blanco cadavérico.

NEWTON_COMPTON_La_enfermera_de_Auschwitz_9ed_PRINT.indd 41 20/12/23 10:11